Menos exclusivas y más inteligencia

Opinió | 27-03-2026 | 10:27



Horizonte en Cuatro

Hay una paradoja que define mejor de lo que parece la política actual: cuanto más ruido mediático frontal contra el Gobierno, más resistente resulta su base electoral. Lejos de producir un desgaste proporcional, la crítica constante ?cuando se intensifica en exceso? tiende a generar el efecto contrario, consolidando al votante medio en posiciones de estabilidad más que de ruptura.

Durante años, el ecosistema mediático crítico mantuvo cierto equilibrio en los tonos, combinando análisis duros con enfoques más matizados que permitían al espectador situarse en una crítica razonable sin sentirse arrastrado hacia posiciones extremas. Ese espacio intermedio facilitaba que el desgaste del Gobierno fuera progresivo y creíble, porque no estaba envuelto en una narrativa de tensión permanente.

Ese equilibrio se ha alterado con la consolidación de formatos como Horizonte o En boca de todos, donde la lógica comunicativa ha mutado hacia una intensidad constante: una sucesión ininterrumpida de exclusivas y un tono de excepcionalidad que convierte cada jornada en una crisis estructural. El problema no es tanto la crítica en sí, sino la forma en que se articula y se amplifica.

Cuando el discurso crítico adopta una cadencia excesiva y una teatralización continua, el votante medio ?que no consume política desde la militancia? empieza a percibir ese entorno como sobreactuado y, en consecuencia, menos fiable. No se genera un apoyo entusiasta al Gobierno, pero sí una relativización del ataque que, en la práctica, reduce su capacidad de erosión y transforma la crítica en un mecanismo de contención más que de desgaste.

Este fenómeno ya se observó en etapas anteriores, especialmente durante los ciclos de presión mediática intensa contra Pedro Sánchez, donde la acumulación de mensajes negativos no se tradujo en una caída equivalente, sino en una estabilización que sorprendió a muchos analistas. La

clave no está en la cantidad de crítica, sino en su credibilidad percibida.

En términos de comunicación, esto responde a un proceso de saturación narrativa en el que la repetición constante de escándalos, urgencias y exclusivas acaba diluyendo su impacto. Se erosiona así la capacidad del espectador para distinguir lo relevante de lo accesorio, desplazando el foco desde los hechos hacia la percepción del mensajero.

El resultado es profundamente contraintuitivo: una parte del ecosistema mediático crítico termina reforzando indirectamente aquello que pretende debilitar. Porque en política no solo importa lo que ocurre, sino cómo se cuenta; y cuando la forma pierde credibilidad, el fondo deja de tener capacidad para transformar la opinión pública.

Autor: Carles Enric